

EL PRESTIGIO DE LAS PROFESIONES

Gabriela Mistral

La Comisión Editora se ha permitido extraer del trabajo "Palabras para la Universidad de Puerto Rico", un párrafo que tiene relación con la responsabilidad de los profesionales en el prestigio de las profesiones.

Este trabajo fue preparado para ser leído en la cuadragésima cuarta colación de grados de la Universidad mencionada, el año de 1948.

Aunque la vida profesional de nuestros pueblos sea cosa de ayer, ocurre que tiene ya algún quebraje en su prestigio, cosa que acaece solamente en las instituciones de vida muy larga. Tenemos que confesarnos a nosotros mismos el que hay un sesgo de flojedad decadente en la vida profesional y el hecho, aunque todavía no aparezca grave, ya pide ser enmendado para prevenir la caída vertical.

La masa, que comprende ahora al pueblo y a la clase media empobrecida, poca fe pone en el abogado, masculla quejas contra el médico y mira con desabrimiento a profesores y maestros. Las causas son varias y sólo apuntaré algunas: la justicia falla en los juzgados si no en las cortes; el tratamiento médico sobrepasa, por caro, las posibilidades del asalariado; la labor de los educadores poco trasciende hacia la vida económica de la nación y hacia la vida familiar misma. No sobra, pues, prevenir a los que dejan hoy esta Casa sobre la desvalorización de su clase y recordarle que los prestigios, como la vajilla de plata, necesitan, no sólo la conservación, sino de lustre, o sea de limpieza y frote.

Tres modos de enmienda para el mal he visto, andando el mundo: Primero acrecentar la ciencia recibida, que se torna rancia a breve plazo, o se reseca por la falta de relación vital con el ambiente, o bien —y ésto es peor— que cae en un mero comercialismo y pasa a ser un simple agio más, una manera comodona de enriquecerse pronto. (Lo último no toca a los maestros, mal pagados en casi todas partes). Observen ustedes el hecho y paren el mal: es una de las dolencias de los pueblos nuestros.

El proceso de esta rápida decadencia tal vez arranque del sentido mortecino con que se viven las profesiones y los oficios. Los latinoamericanos atribuyen al título, al simple diploma, un valor

exagerado y confunden el estudio raso con el saber, el banco universitario con cierta promoción social y el cuadrilátero del diploma con un punto de arribo, siendo únicamente el indicador de la primera jornada.

Los pueblos nuevos son grandes cándidos y hay que confesar que han deteriorado muchos de los conceptos y los vocablos que nos prestó la Europa vieja y sabia. La palabra "doctor", por ejemplo, suena en el aire con tanta abundancia como "trigo" o "azúcar", porque el Doctorado ya hace oleadas de trigal en el Continente, y aquí como en todo, la vulgarización sobrada pasa al "choteo", y la abundancia del producto baja las cotizaciones lo mismo que en las bolsas.

Acaso el más lindo voto que puedan ustedes hacerse el día de hoy sea el de parar este descenso de lo profesional y el de corregir la infantilidad nuestra que toma la verja de la casa señorial por la casa misma y la verja se queda...

La cura del mal quizás deba comenzar en una cosa simple que parece juego, pero que los libraría a ustedes de toda petulancia: sigan sintiéndose estudiantes, ello será a la vez sentirse joven y saberse a media ruta. El ánimo del caminante no arribado les degollará la vanidad y les guardará entero el elán y la acometida. Porque cada ciencia y cada técnica se parecen a la fiera dura de rastrear, coger y echar en el morral, y cada aprendizaje que mira a la especialización viene a ser la flecha disparada al infinito. No se engrasen ustedes en la satisfacción, no se sienten en la clásica mecedora tropical, dénse por pedagogo al Rigor, a pesar de su piel dura, y, como el trapense, vigílense día a día la complacencia sobrada de sí mismos. Cualquier satisfacción grande, como la persona, obesa, acaba en la inmovilidad. Quienquiera que

avalúe en exceso su logro o su hallazgo, no se aplica sobre la carne ningún cilicio de auto-crítica y se entontece a fuerza del muy pueril amor propio. El acaba tomando la vía de la pereza y ésta lo va a deteriorar bastante más que el buen sendero de la diligencia. Yo deseo que cada uno de ustedes coja el hábito de afilar a diario las armas de su profesión y no las deje ser ganadas por el orín o parar en romas por indolencia. Reflorezcan ustedes el árbol lacio del

prestigio profesional. La profesión y el oficio se parecen a los dioses lares: ellos piden un culto diario. Cuando la fe en la medicina, en las leyes o en la pedagogía se relajan, lo mismo que cuando las religiones no sacan ya chispas de los corazones secos, bueno es alarmarse y entrar en averiguación minuciosa del proceso, porque lo acontecido será "el que la sal se ha ido volviendo insípida" y el paladar de las almas la rehusa por inútil.